



Se publica todos los sábados • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 - Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 - Madrid

TOMO XXXVII

MADRID, 2 DE JUNIO DE 1962

NUM. 127

« TRIBUNA LITERARIA »

PANORAMA SOBRE UNA BOINA

RAFAEL GARCIA SERRANO

Los propietarios de coches de turismo echan la culpa de los "crímenes de carretera" a los camiones y los ciclistas. Los conductores de camiones, a los ciclistas y los turismos. Los ciclistas apenas si pueden echarle la culpa a nadie, porque en cualquier caso su muerte es tan rápida que no les da tiempo ni a quejarse, cuanto menos a protestar o a formular vanas acusaciones.

Es verdad que muchos ciclistas andan por la carretera como ediciones celtibéricas no ya del "fraile volador" que sería lógico, sino de "El holandés volante", que no lo es tanto, y esto sin que su ración de destreza sea suficiente para justificar tanta seguridad en sí mismos. Tal es el número de los que, víctimas de este vicio, suben a los cielos con velocidad de campeones, que a las quejas de camioneros y conductores de turismos habrá que añadir, dentro de muy poco, la de los astronautas, obstaculizados en sus órbitas por la concurrencia numerosísima de ciclistas alados que escalan su meta definitiva.

Hay ciclistas que desdeñan las normas de tráfico y cortesía. Otros desdeñan de manera especial la obligación de balizar su "burra" de acuerdo con las ordenanzas. Calculan los de más allá que el centro de la carretera es el sitio justo para marchar, pero, en fin de cuentas, todo esto no son más que minucias. Solo ellos son capaces de tener ese gesto elegante, tranquilo y respetuoso que llevó a un ciclista, según contaron a su tiempo las agencias, a morir por su boina.

(Se le voló la boina al ciclista y el ciclista frenó en seco. No miró ni a la derecha ni a la iz-

quierda, ni delante ni detrás. Era su boina lo que le preocupaba. Si acaso hubiese mirado atrás quizá hubiera visto un camión ultrapegado que estaba a punto de rebasarle. No miró. El pensaba en su boina nada más. El camión le aplastó sin que el ciclista llegase a recuperarla, al menos en esta mísera vida.)

En general aquellos pueblos que conocen y estiman la boina suelen darle mucha importancia, aunque no tanta como para morir por ella, salvo circunstancias especiales. Durante mi infancia y buena parte de mi adolescencia creí que la boina era un atributo exclusivo de mi tierra, de aquella región vasconavarra que decimonómicamente se llamaba "las provincias". Por entonces conocí, en unos cursos de verano, a varios estudiantes belgas, uno de los cuales se hizo grande amigo mío: Joss Larrochette. Joss se colocaba en la cabeza, de modo preferente aquellos días que él consideraba como de precepto estudiantil, una enorme boina de terciopelo verde, una boina flamenca, de pintor costumbrista, de pintor de rubias gordales, merendolas y tíos que han embarcado mucha cerveza y luego tienen que arrimarse a una tapia. Neorrelistas de hace siglos, vamos. La boina de Joss estaba llena de insig-

nias: la de la Universidad, la de un jocundo club de bebedores—un tonel doradito y un estudiante sentado encima, con una jarra en la mano—, las de varias sociedades deportivas, la de una congregación religiosa, las que representaban, con su sola presencia, un recuerdo sentimental. La boina era, en sí, una especie de museo de recuerdos y trofeos sentimentales. Aquella boina, que Joss me regaló al despedirnos, parecía blindada. Aun la guardo, por cierto junto a un gracioso sombrero de goliardo italiano, rojo de color, lleno a su vez de insignias de asociaciones fascistas y también de objetos portafortuna—el jorobado, la higa, el trébol, el cerdo, un número trece de guardarropa, la herradura, un cuernecillo de coral, una antología riquísima de amuletos y antigafes—y, claro, de memorias del corazón. No necesito aclarar que tanto Joss Larrochette como el goliardo aquel de los "littoriali" boloñeses, me confesaron que había tiendas especialmente dedicadas a vender a los estudiantes recuerdos amorosos, casa ya muerta para cazadores no muy confiados en su suerte o en su puntería. Por ahí andan, en casa, emparejados, el gorrete goliardo, medieval, gracioso, alegre, y la boina flamenca. O andaban, porque supervivientes de tantos azarosos años, de mudanzas y otras cosas, calculo que difícilmente superarán la prueba de ser útiles al juego de mi particular tribu de salvajes.

Lo mismo que para los gitanos no hay más que dos razas de hombres en el mundo—los españoles

Corrector
del
sobrepeso

LUCOFEN



y los ingleses—para mí, entonces, no había tampoco más que dos razas: la de los portadores de boina y la de los portadores de gorra. A veces las madres, por eso de la moda, intentaban empujarnos al imperio de la gorra, pero nos arreglábamos para perderla en seguida, porque si no se pasaba muy mal con las bromitas del colegio. Además, los portadores de gorra eran también portadores de guantes, y eso ya constituía, en nuestro código infantil, un atentado a la dignidad humana.

La boina era un instrumento de alta utilidad, y recuerdo que inventamos un juego precioso con ella. Una especie de híbrido de tenis y fútbol, a base de dos jugadores y dos porterías—generalmente el espacio comprendido entre dos ventanas del patio escolar—, y el argumento de la obra consistía en tirar a gol con la boina. La boina se cogía con la mano derecha, se le metía un meneo a dos manos para hacerla como un disco, se posaba después sobre el hombro izquierdo y, a base de muñeca y buen ojo—con guiño y todo—había que engañar al rival, amagando, fintando, tirando flojo y colocado por alto y duro y raso por bajo. El otro paraba o no la boina, encajaba o no el gol; pero, en todo caso, era su turno, y tiraba. El primer boinóbolo, entonces, se encomendaba a Ricardo Zamora. Los partidos se concertaban a tantos goles como se quisiera. Generalmente no se ventilaba más que el punto de honor, pero también, de cuando en vez, se cruzaban un par de bocadillos de sardinas, crujientes buñuelos de viento, muy azucarados, o un rico helado de dos gustos por lo menos.

La boina servía también para limitar las porterías de ese fútbol eventual y urgente que se jugaba en cualquier campillo improvisado, al borde de la ley de escolaridad. "Del árbol a la boina, mi por-

tería", dogmatizaba el portero, y un marco de aire, milimétrico, preciso, fuenteovejunesco, daba frontera a la portería, de modo que casi por aclamación se gritaba: «¡Fuera!», o «¡alta!», o «Por qué poquico», en el único caso de arbitraje popular y con «quórum» que yo conozco.

La boina era disco y también "bomerang", a poca habilidad que se tuviese al lanzarla, y era hermoso verla entrar en órbita y volver a las manos del boinóbolo después de describir una magnífica y matemática curva en el espacio. Entre mis amigos había varios boinóbolos de primera división, pequeños y modestos anticipos de la gloria de von Braun. Pero la boina no se quedaba solamente como un aperitivo de la conquista del espacio, sino que asumía, en el mundo infantil, el papel de la tonsura en la política de la monarquía visigoda o del esquileo en la de Dalila, de modo que capar una boina, esto es, extirparle el

remate, significaba una ofensa de tal tamaño que a menos que mediara un poquito de sangre procedente de las naricas—propias o adversarias—el dueño de la boina mutilada se clasificaba automáticamente en la clase social de los estigmatizados. Una curiosa supervivencia de este código del honor infantil la he encontrado en las puertos, donde algunas broncas de marineros se originan por el afán que suelen demostrar los elementos más osados de otras marinas de guerra en la caza y corte del pompón que llevan en su gorra los marineros franceses. Creo que esta caza contribuyó a alegrar muchas horas de permiso entre los componentes de las diversas flotillas que al servicio de la no intervención anduvieron por aguas y puertos españoles en tiempos de nuestra guerra.

Y como esta historia va larga, si ustedes lo permiten la continuaremos otro día.